

aquí reconocer las pisadas de los siglos casi confundidas las unas con las otras, pero perceptibles aún y distintas para la mirada experta. Y dentro de cada siglo podría reconocerse el andar de los hombres, su origen, su rumbo, su carácter, casi el color de sus ojos. Eso constituye un deleite intenso del espíritu.

Después de gozar durante uno ó dos días con el sólo aspecto y carácter general de esta ciudad, de compenetrarse de su original espíritu, y de visitar una y varias veces la catedral, de estilo gótico, pero mezclado con líneas de todos los estilos, desde los serenos órdenes clásicos, hasta el plateresco y el embrollo de líneas curvas de Churriguera; después de ver la huella del visigodo en las construcciones antiguas, y la profunda pisada del árabe en los arcos apuntados ú ojivales ó de herradura que se mezclan y confunden aquí por todas partes en las puertas de la ciudad, en las antiguas mezquitas ó sinagogas judías como el *Tránsito*, ó *Santa María la Blanca*, ó *el Cristo de la Luz*; después de ver la huella de la reconquista secular en las almenas y torreones de la antigua muralla y hasta en las más insignificantes construcciones viejas escondidas en el fondo de una plazuela, siente uno resonar majestuosamente en el alma los pasos del tiempo al través de los siglos.

Los ecos de esas pisadas se levantan en la memoria, van y vienen, se funden en largos accordes. Y el rumor de muchedumbre de humanidad que pasa, parece andar por entre las ruinas silenciosas,

que la imaginación puebla fácilmente de hombres cubiertos de armaduras ó alquiceles, y de hermosas mujeres de flotantes briales ó cendales ligeros, que desfilan nobles ó provocativas como ensueños entrevistos.

La arquitectura, si es un arte, es, á mi sentir, el arte soberano; es la epopeya de las artes plásticas. En ella desaparece por completo la personalidad *hombre*, y aparece *lo maravilloso*. Una fuerza invisible y misteriosa es la que va modificando paulatinamente, al través de los siglos, las líneas arquitectónicas; las va agrupando en torno de núcleos desconocidos, y formando así los estilos que aparecen definitivos cuando menos se piensa, sin autor personal, elaborados sólo por el tiempo, brotados como flores de la primavera de un invierno de siglos.

Por eso casi he puesto en duda que la arquitectura fuese realmente un arte: porque el arte supone un artista personal, tiene siempre algo de subjetivo; y los grandes tipos arquitectónicos son obra de la humanidad en marcha al través del tiempo, vestigios de su paso. No son visiones del genio, estremecimientos inesperados del cerebro, voces repentinas de la obscuridad, como la inspiración literaria ó musical, sino obra lenta y paulatina, como las grandes conquistas de la ciencia. Una línea arquitectónica no es el trazo de un genio, es el trozo de la trayectoria de un astro.

Se ve á las líneas venir desde lejos, desde el remoto oriente asiático, cuna de la humanidad, hasta el occidente europeo; desde el mediodía africano

hasta las mezquitas cordobesas ó toledanas. Me parece ver andar las formas arquitectónicas al través del aire y de los siglos; buscarse las líneas ó rechazarse; fijarse la griega, nacida sabe Dios cómo y cuándo á orillas del Egeo, en la nitidez de su inmortal reposo; venir del Asia la curva para ceñirse á la bóveda etrusca; desprenderse esa misma curva del arco redondo en plena cimbra y flotar por los aires, como fragmentos de alas invisibles, hasta encontrarse un día con otra curva hermana, y estrecharse y limitarse mutuamente para vivir por fin eternamente unidas la vida de la ojiva.

Pero el andar de las líneas al través del espacio y del tiempo determina las grandes marchas y las grandes influencias, no ya de los hombres, sino de los pueblos y de las razas entre sí.

En las líneas árabes mezcladas con las góticas en Toledo, fundidas en los mismos edificios ú observadas en la mezquita muzlimica que se levanta al lado de la gótica grandiosa catedral, me parece sentir como dos soplos encontrados del huracán que empuja á la humanidad.

Trae el uno del Norte esa esbelta ojiva, esos espléndidos rosetones multicolores, esos grupos de pilares cuyos juncos se abren en nervios en los arranques de la excelsa bóveda en que se cruzan para formar la ojiva. Y en esas líneas ligeras y bóvedas flotantes, alienta el espíritu cristiano, el recogimiento de la oración, la resignación en la tierra, y la esperanza en el cielo espiritual.

Trae el otro, del Mediodía africano, ese arco de

herradura, esa columnita de chapitel cúbico, esas estalactitas de las techumbres, y esa profusión de ornamentación arabesca, hija de la imaginación eflorescente que invita á los brillantes ó lánguidos ensueños terrenales.

Pero si el uno ha entrado en la Península ibérica por el Norte y el otro por el Mediodía, ambos proceden, sin embargo, de donde sale el sol, ambos vienen del remoto Oriente. Allí, en la cuna de la humanidad, se separaron: unas líneas, [para ser pedestal de la media luna; las otras para alzar al cielo la cruz.

La arquitectura árabe tiene por base y progenitora la asiática, la pérsica especialmente, fundida después con la bizantina. Bizancio suministraba al árabe sus artistas y modelos; la cúpula sobre plano cuadrado, la columna de chapitel cúbico, el arco que el árabe modifica dándole la forma de herradura, y sobre la base de cuyas líneas riza, cala, borda, escribe en caracteres que son mas ornamento que escritura, refleja en las paredes y en los arcos y en las techumbres las reverberaciones y estremecimientos de sus soles en los desiertos, ó de sus lunas en los ríos.

Todo eso es soplo del Mediodía, corriente de humanidad que, dilatada desde la India hasta el estrecho de Gibraltar, y buscando, como el sol, el Occidente, ha saltado audazmente el estrecho para correrse hácia el Norte, en donde ha tropezado con la ojiva, con la invasión del arte y del espíritu cristianos inoculados en la catedral gótica.

¿De dónde salió al encuentro del arco de herradura y del ajimez árabe ese espléndido y victorioso rival, el de las ojivas esplendentes?

Venia también acaso del Oriente, pero del Oriente olvidado; también, como el sol y como la civilización humana, ha caminado hacia el Occidente, hacia nuestra América, es decir, hacia el porvenir de la humanidad.

Toma acaso alguna de sus líneas de Bizancio pero remotísimas.

El imperio cristiano de Constantinopla es el último vínculo entre el Asia y la Europa: las líneas arquitectónicas bizantinas son el Oriente y Grecia y Roma refundidos: cúpulas sobre planos cuadrados, columnillas griegas, ventanas timidas: Santa Sofía de Constantinopla es el tipo.

Pero los bárbaros se hacen cristianos en la Europa occidental; y, á medida que el cristianismo va penetrando en ellos, va alboreando ó reapareciendo una nueva línea arquitectónica: tímida en un principio, sostiene sus techos planos de madera que se derrumban al fuego de las hogueras normandas; pero después de pasado el periodo de prueba, se reedifican las ruinas; y, para evitar la repetición del derrumbe, una bóveda espontánea y original busca apoyo en los muros calcinados.

En ese momento nace el arte románico.

¿Cómo pasar de él al gótico?

No lo sé, ni creo pueda afirmarse con precisión. El gótico, soberano arte cristiano, ha nacido con el románico: este empieza por engrosar sus muros

para sostener la bóveda; construye inmediatamente más angostas las naves, para que soporten mejor el peso de la techumbre; busca en seguida para ésta la arista que distribuye la gravitación, en reemplazo del arco en plena cimbra; para neutralizar aquélla, vigoriza los contrafuertes exteriores ó pilares adosados al muro, y emplea la ventana ojival.

¿Qué falta para que el gótico aparezca?

Nada ó casi nada; el arte ojival está ya en el románico: en las nerviosidades de dos arcos diagonales que se cruzan en la bóveda; en el arco agudo ó apuntado. Este esbelto arco, que el árabe usaba sólo como ornamento, sustituye en absoluto, como base de construcción, al arco pleno en el estilo románico; se han olvidado las antiguas proporciones de las columnas; han desaparecido los cornisamentos de líneas paralelas; la vegetación ha trepado á los chapiteles de formas varias, y ha anidado en ella una familia abigarrada de figurillas, que asoman entre el follage de piedra ó se acurrucan en las puntas de los mechinales salientes.

Nace entonces, por fin, el *arbotante*, especie de brazo aislado exterior que, apoyado en el contrafuerte, sostiene desde afuera la nave; y el gótico aparece definitivo con su bóveda por aristas establecidas sobre las nerviosidades que forman su esqueleto esbelto, y con todas sus presiones hacia afuera, hacia el contrafuerte ó el arbotante.

Entonces las paredes no sirven ya casi de apoyo; pueden desaparecer, pueden agujerarse sin te-

mor: la tierra, el aire con sus presiones en todos sentidos, el cielo, la gravitación universal sostendrán el templo que flotará y permanecerá como flotan y permanecen las estrellas.

Ha nacido el arte cristiano.

Si los muros son inútiles para soportar el peso material de la bóveda ojival, servirán para dar al cielo libre entrada hasta la nave en que vivirá el Dios verdadero para que la luz lo adore: *cæli enarrant gloriam Dei*. El ojo inmenso del rosetón absidial derrama entonces su espléndida y dulce mirada empapada en todos los colores del iris por la flotante nave; todas las naves, á su vez, rompen sus ya inútiles muros para dar amplio paso á la miradadel día, filtrada en los vidrios de color de sus ventanas ojivales.

El arte cristiano, el arte gótico ha nacido; no se si en Alemania ó en Francia, pero él ha nacido, y se ha difundido por Occidente, y ha penetrado en esta nuestra península (digo nuestra, porque hablo de la madre España) y, siguiendo la senda abierta ya por el románico, ha ido marcando la huella de la reconquista, que hunde en Africa la media luna, y marca su paso con jalones espléndidos que son la catedral de León y la de Burgos y la de Toledo y la de Sevilla. La Cruz, con las alas abiertas, va saltando de cumbre en cumbre hacia el mediodía; las líneas convergentes de las ojivas, como manos puestas en actitud de orar, brotan de la tierra por todas partes, hasta levantar su acción de gracias en la nave y el claustro de San Juan de los Re-

yes. Allí proclaman el triunfo de Isabel, de la gran Isabel, sobre la Beltraneja, triunfo que habilita á aquélla para realizar la unidad nacional y hacer que la cruz, que venia triunfante de ojiva en ojiva, salte por fin el Océano, desde las almenas de Granada, y vaya á caer en el corazón de América, hundiéndose en él para arraigar hondo, muy hondo, como los árboles que no mueren.

Aqui en Toledo y muy especialmente en esta soberbia catedral, se ve el encuentro de las grandes líneas arquitectónicas; aqui se han fundido las del Norte con las del Mediodía, el arco apuntado con el de herradura, la arista recta de la torre mudéjar y el arabesco y el ajimez, con la aguja de la torre gótica, con la cresteria ondulante, con los doseletes calados que sombrean las cabezas de los heraldos de piedra: los versículos del Corán en caracteres árabes con las hojas de trébol ó de cardo ó de parra, y con los caracteres góticos.

Pero el gótico ha triunfado en esta catedral; las líneas árabes que aqui se ven son trofeos de los vencidos, notas de victoria que hacen mas hermoso aún este acorde de líneas cristianas.

Yo encuentro aqui el gótico más grandioso y más clásico que en cualquier otra parte: más que en el duomo de Milán, por supuesto; más que en Notre-Dame de París; más que en la abadía de Westminster de Londres. Es cierto que vino de allá; pero vino hasta aqui en son de guerra; aqui luchó y venció. Esto es una estación de término, un grito de piedra de una multitud armada que alza su ac-

ción de gracias sin sacudirse el polvo de la batalla secular.

Como se consagra algún tiempo á leer un poema, he consagrado un día casi entero á la catedral de Toledo, sólo á mirarla, á vivir en ella.

Pasaba allí la mañana, y volvía á mediodía y regresaba al caer la tarde, como si cerrara el libro y volviera á reanudar la lectura.

Iba á gozar del poema de luz y sombras, de líneas y colores que se difunde por aquellos ámbitos, y que tiene fábula, proporciones, verdadera unidad de acción, desde los esplendores del día, hasta las tintas crepusculares y la sombra nocturna.

Las luces que se difunden por sus cinco naves parecen espíritus dulces y discretos que flotan graves y serios en las laterales, sonrien en las segundas, y rien noblemente, sin carcajada, en la nave central y en el crucero adonde penetran en bandas de mil colores por los espléndidos rosetones redondos ó las amplias vidrieras ojivales. Ese hormigueo de luces de lo alto parece que, como las aves reprimen el vuelo al posarse en la tierra, va disminuyendo en intensidad al posarse en los dos coros tallados que interrumpen la nave central, en las verjas que los cierran, en los retablos, en los sepulcros. La vista pasa instintivamente de la luz espléndida que vibra y chispea en los vidrios de colores de los rosetones, á la dulce y discreta que se difunde hasta cierta al-

tura de la nave silenciosa. No se sabe adónde van, qué se hacen, en dónde se diluyen las luces blancas que hormiguean en lo alto y salpican el aire entre uno y otro color de los infinitos de que está empedrado el rosetón transparente: entre el azul obscuro y el amarillo vivo, entre el rojo y el esmeralda reverberantes.

Se ocurre que el color juega allí con el día, y lo hace girar en torno suyo, para adornarse de un nimbo. Parece también que la luz ama el color puro de aquellos vidrios y, aunque los atraviesa para penetrar en la nave, no se atreve á alejarse de ellos, y flota y se estremece en su torno, como las abejas de alas encendidas por el sol en torno de las flores, formándoles una aureola. De los reflejos de esta viven la espléndida nave central y el crucero, en un semi-día sin hora precisa.

Sentado en la base de una columna, ¡cuántos ratos he pasado mirando esos rosetones góticos y dejándolos rielar en mi alma, en la que hacían brotar, como la luna resplandores en el agua, ideas raras y sin lógica, procesiones disparatadas y fugaces, raciocinios inconsistentes, pero con cierto encanto! Si el color sonara, me decía yo una vez, ¿qué acorde, qué armonía, qué música no sería ese ventanal? Ese azul profundo como el mar, ¿qué voz tendría? ¡Y ese rosado tan pálido! Así cantarían los niños en las alboradas del cielo. ¡Y esos verdes, y esos ocre, y esos amarillos que parecen risas, y esos carmines que parecen sonrojos!

¡Si el color sonara!

¿Y porqué no ha de sonar? ¿No es vibración el sonido como la luz?

Si : eso es música de luz.

El ventanal que estoy mirando es hermano de esos dos órganos de tubos dorados que, más abajo, ocupan dos arcos ojivales opuestos.

Cuando, estando la catedral á obscuras, se descorra la cortina de uno de esos ventanales dando entrada al día; y cuando un artista genial ponga las manos en las teclas de esos órganos, dando salida á un gran suspiro de sus grandes pulmones, ¿no penetrarán al templo luces y sonidos, notas y colores, formando un solo acorde, un arte solo?

Desde el crucero se sumerge la mirada en la hondura ojival de las naves laterales. Allá, en el fondo de estas, se abre también el ventanal de colores; á él van convergiendo los nervios que, arrancando de los grupos de pilares, ya aislados á la izquierda ó ya empotrados en el muro á la derecha, se cruzan diagonalmente en la bóveda. Parece que esa serie de arcos ojivales se va encogiendo poco á poco hasta ajustarse allá en el fondo obscuro al nitido contorno del sonriente ventanal. El candoroso resplandor resbala por los nervios de la bóveda, por los grupos de columnas, ó por los calados de piedra de las ventanas laterales.

Las luces penetran por todas partes al través de una filigrana de hierro ó de un encaje de piedra : atraviesan las unas las rejas que cierran las capillas debilmente iluminadas; brotan las otras de

entre los calados de piedra de las grandes vidrieras, de los espléndidos rosetones radiosos.

.....

Es tarde ya. El sol se está poniendo sin duda allá por el mundo, porque advierto que los ventanales se entristecen y los vidrios de color pierden su brillo como ojos que se cierran ó brasas que van quedando apagadas por su propia ceniza. Las luces que, descendiendo de los altos ventanales, flotaban por la iglesia, se van replegando hacia arriba, seguidas por las sombras que van brotando de abajo y ganando el aire. No se ha dado uno cuenta de cuándo brilló la última mirada del rosetón y de las grandes ventanas; pero ya están apagados. Los calados parecen esqueletos; la noche ha pegado su negrura en los vidrios por la parte de afuera.

También la noche comienza á andar por todo el templo. En la inmensidad de este, las lucecillas avivadas de las lámparas ó de algunas velas encendidas en los altares parecen estrellas, espigas de rayas finas y elásticas que se alargan y se acortan desigualmente al rededor del foco. Este brilla como una miraba triste y muy fija, dejando grandes espacios del templo completamente á obscuras, cargados de noche. ¡Lo que cabe en esas honduras!

Las leyendas empiezan, pues, á brotar de los sepulcros que pueblan el templo, y de detrás de los grupos de columnas, y de entre las rejas que ro-

dean los coros ó cierran las capillas; comienzan á volar por entre todo esto, á mover el aire que sensiblemente se va oscureciendo, á pasar por delante de las velas encendidas que, á veces, parecen sacudidas por un soplo fugaz.

He cobrado un verdadero terror á las leyendas: sus personajes me han hecho mucho daño. Se funden con las realidades de mi vida, y después ¡vaya uno á establecer la diferencia entre lo que es y lo que no es!

Me arrodillo un rato, apoyada la cabeza entre las manos, en la balaustrada de la capilla del sagrario, y salgo del templo, dejando en pos de mi la resonancia de mis pasos, que se difunde á lo largo de las naves solitarias.

SAN PEDRO

(Valle de Soba)

Te escribo, al fin, desde este valle de Soba; desde el valle paterno que tanto he deseado conocer.

¡Pobre pequeño valle de mis abuelos!

¡Patria hermosa de mi padre á quien ayer no más dejé en su sepulcro en nuestra tierra! Esta fué tan suya como hoy siento que es mía la que piso, en que el buen viejo querido vió la primera luz: allí, en aquella antiquísima y casi ruinosa casa de piedra que estoy mirando como á un santuario!

Le he traído sus nietos á su tierra; cumplo una promesa. Los he traído para que conozcan, y amen y recuerden siempre la aldea de su honrado abuelo.

También á eso he venido yo como en peregrinación. Esta carta yo se la hubiera escrito á él. ¡Con qué gusto la hubiera leído! ¡Hubiera llorado! ¡Qué le hemos de hacer!